

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos, UCM
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2010-2011
Documento de trabajo 2011/4

LAS BIOGRAFÍAS PARALELAS DE CASARES QUIROGA Y PORTELA VALLADARES

MARIA DEL PILAR MERA COSTAS
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos, UCM

SESIÓN: JUEVES, 12 DE MAYO DE 2011, 19 H.

Lugar: Rotonda
Instituto Universitario José Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

A DISTANCIA APROXIMADA. LAS BIOGRAFÍAS PARALELAS DE CASARES QUIROGA Y PORTELA VALLADARES¹

María del Pilar Mera Costas

Galicia lo dio todo para salvar España: el caudillo, Francisco Franco, la víctima, Calvo Sotelo, el asesino, Casares Quiroga. Y Portela Valladares, que fue el traidor.

Dos héroes y dos villanos. Esta fue la aportación gallega a la causa de la salvación de la patria desde la óptica franquista. Al menos así lo cantaba este célebre estribillo en los primeros años de posguerra. La víctima y el salvador estaban claros, pero tampoco había dudas a la hora de atribuir los papeles de malvado. Los elegidos, Santiago Casares Quiroga, el último presidente antes del golpe de Estado, y Manuel Portela Valladares, el político que ocupaba el mismo cargo durante las elecciones que ganó el Frente Popular. Los dos fueron, sin duda, los políticos gallegos con mayor peso en el ámbito nacional durante la Segunda República, especialmente en el año 1936. Demonizarlos era demonizar el sistema al que se quería dejar sin legitimidad. Curiosamente ninguno de los dos salió mejor parado de los comentarios, recuerdos y juicios de algunos de sus compañeros. Cobardía por dejar sus puestos en momentos clave, mal carácter, oportunismo... fueron algunas de las acusaciones que recibieron de aquellos con quienes compartieron bando. Su personalismo, su recorrido o el silencio que guardaron después de la guerra civil (Casares no dejó escritas sus memorias y las de Portela permanecieron inéditas hasta 1988), pueden ser algunas de las razones que expliquen este hecho, algo que de algún modo se ha reflejado en la historiografía dedicada a este período, que no les ha prestado demasiada atención y con frecuencia se ha limitado a repetir ciertas ideas preconcebidas sobre ambos personajes.

Esta manera de enjuiciar y recordar a Casares y a Portela podría considerarse el último rasgo en común de dos trayectorias que, pese a su aparente distancia, ofrecen numerosos puntos de contacto. Ese es precisamente el objetivo de este trabajo: repasar

1 Este texto forma parte del libro colectivo *Santiago Casares Quiroga. La forja de un líder*, que la Editorial Eneida publicará en la primavera de 2011 y que recoge las ponencias presentadas en las "Jornadas sobre Santiago Casares Quiroga" que se celebraron en A Coruña del 20 al 25 de septiembre de 2010, organizadas por la Fundación Santiago Casares Quiroga. Las ideas que se recogen en él proceden de la investigación que realizo para mi tesis doctoral *Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares*, dirigida por los profesores Fernando del Rey Reguillo y Emilio Grandío Seoane, y financiada por una beca predoctoral del programa FPU del Ministerio de Educación y Ciencia, vinculada al Departamento de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid.

el devenir público de ambos personajes, sus paisajes comunes y aquellos elementos de unión que caracterizaron la trayectoria y la relación de dos de los políticos más importantes de la Galicia del primer tercio del siglo XX.

1. LOS PRIMEROS PASOS HACIA LA POLÍTICA NACIONAL. CASARES Y PORTELA DURANTE LA RESTAURACIÓN.

La historia política de Casares Quiroga y de Portela Valladares vino marcada desde su infancia. Ambos se criaron en un hogar de tradición en las cuestiones públicas y con una ideología de pensamiento muy definida, que se convirtió en el credo por el que apostó cada uno de ellos a lo largo de su vida. El republicano, en el caso de Casares, el liberal, para Portela. La educación que recibieron de una familia tan identificada en sus actuaciones y relaciones con una manera de pensar determinada les ofreció todas las opciones para dar el salto, antes o después, al ruedo político, aunque esa claridad se reforzó en el caso de ambos por una desgracia familiar.

Santiago Casares Quiroga era hijo de uno de los republicanos más destacados de A Coruña, Santiago Casares Paz, quien llegó a ser alcalde de la ciudad. Enfermo de tuberculosis desde los cinco años, siempre fue un niño débil y con problemas físicos que hacían temer a sus familiares por su supervivencia. Incluso su primera formación la recibió en casa y no en el colegio, para mantenerlo más protegido. Todo parecía indicar que el sucesor de su padre en las lides políticas sería Arturo, su hermano mayor, joven abogado con fama de buen orador que en poco tiempo se convirtió en un ídolo del republicanismo coruñés. Sin embargo, Arturo falleció repentinamente de tuberculosis a los veintisiete años, apenas un mes después de casarse y cuando su futuro político parecía más prometedor. Santiago, que se encontraba en Suiza tratándose de un brote de su enfermedad, se convirtió en el único superviviente de ocho hermanos, pese a haber sido siempre el más débil de ellos. Tenía entonces dieciocho años. Dos años más tarde y siguiendo el ejemplo de su hermano, comenzó sus estudios de Derecho, primero en Santiago y luego en Madrid, donde coincidió por vez primera con algunos de los que con el tiempo se convirtieron en sus compañeros en el Parlamento, como Manuel Azaña, a quien conoció en los mítines del Ateneo².

Manuel Portela Valladares, por su parte, nació en Pontevedra el 31 de enero de 1867, diecisiete años antes que Casares. Era el cuarto de cinco hermanos, hijos de Juan

² FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga. Una pasión republicana*. Sada (A Coruña), Edición do Castro, 2000, pp. 12-18.

Portela Dios y Teresa Valladares Rial, un matrimonio humilde que residía en la capital pontevedresa. Estos antecedentes no parecían encaminarlo especialmente hacia la política. Sin embargo, la muerte de su padre cuando Manuel tenía ocho años cambió su situación familiar. Debido a los problemas económicos de la viuda, con cinco hijos a su cargo, Juana Portela, hermana menor del fallecido, decidió prohijar a uno de sus sobrinos huérfanos. Estaba casada con José Vilas García, liberal pontevedrés que le doblaba la edad, dueño de la imprenta que publicó el *Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro y que había sido concejal en 1854 y alcalde de Pontevedra en 1870³. El matrimonio no tenía hijos y crió al pequeño Portela como si lo fuera. Lo enviaron al colegio que los jesuitas tenían en Camposancos a pesar de su teórica condición de liberales anticlericales, pues se trataba de una experiencia educativa de elite que acababa de iniciarse y parecía prometer. De A Guarda a Santiago de Compostela donde, al igual que Casares, estudió Derecho. Allí coincidió, entre otros, con Ramón María del Valle-Inclán o Alejandro Pérez Lugín, con los que formó el grupo que inspiraría las andanzas de los mozos protagonistas de *La Casa de la Troya*. Al margen de la exigente educación formal que recibió durante estos años, Portela tuvo la oportunidad de relacionarse en el hogar de sus tíos con la sociedad liberal de Pontevedra que se estructuraba en torno a Eugenio Montero Ríos. El veterano político tenía en su pazo de Lourizán su refugio y centro de operaciones, al que peregrinaban desde Madrid los miembros de su partido⁴.

Durante su etapa universitaria falleció José Vilas, con lo que Manuel heredó una parte importante de su fortuna. Mantuvo, además, sus vínculos con la sociedad liberal de Pontevedra, pues su tía Juana se casó de nuevo con otro de sus prohombres, en este caso Ramón Mucientes Castro, banquero y delegado comercial en la ciudad de

3 El poemario *Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro es una de las obras clave de la literatura gallega contemporánea. Escrito íntegramente en gallego, su publicación inauguró el movimiento de recuperación literaria, cultural y política conocido como *Rexurdimento*. Suele citarse la imprenta viguesa de Juan Compañel como la primera en editar la obra. Incluso hay una placa conmemorativa de este hecho en el edificio donde se ubicaba, sito en la calle Real de Vigo. Sin embargo, otros autores indican que no fue esta sino la de José Vilas García, la imprenta de donde salieron los primeros ejemplares de estos poemas, la misma que en 1853 había publicado *La gaita gallega*, de Xoán Manuel Pintos, primer libro en gallego del siglo XIX. En cuanto a la fecha exacta de publicación, tampoco hay acuerdo, aunque se considera como fecha de referencia el 17 de mayo de 1863, día que aparece en la dedicatoria que la autora hace de la obra a Fernán Caballero. Sobre estas cuestiones así como sobre José Vilas García y su imprenta véase RÍOS PANISSE, María do Carme: *Obra poética dispersa de Xoán Manuel Pintos Villar*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2006, pp. 326, 437.

4 DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue en realidad Manuel Portela Valladares?”, Introducción a su edición de PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias. Dentro del drama español*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 15-18.

importantes firmas⁵, viudo como ella y que había sido diputado provincial. A través de él, Portela comenzó a escribir en el *Diario de Pontevedra*, órgano monterista dirigido por uno de los yernos del *Cuco de Lourizán*, Eduardo Vicenti. Periodista, juez municipal, miembro de tertulias, apenas ejerció como abogado, pero durante estos años en los que vivió en la capital pontevedresa fraguó relaciones que resultaron de gran utilidad para su posterior carrera política. Aquí permaneció hasta 1899, cuando obtuvo plaza como registrador de la propiedad y se trasladó a Madrid.

Santiago Casares Quiroga, en cambio, sí ejerció como abogado. Tras la muerte de su padre en 1920 heredó su bufete, que contaba entre su clientela con congregaciones religiosas y *señores* provinciales, lo que le permitió consolidar una fortuna que ya era importante⁶. Más allá de lo económico, el ejercicio de la abogacía también tuvo sus repercusiones políticas, especialmente cuando durante la década de los 20 Casares se dedicó a defender gratuitamente a los obreros de la ciudad. Esto le permitió establecer unas relaciones privilegiadas con el sindicalismo coruñés, sobre todo con los sectores más moderados. Por aquel entonces, Casares ya llevaba varios años metido en política. En 1911 fue elegido por primera vez concejal municipal. Junto a otros jóvenes universitarios y republicanos coruñeses, como Gerardo Abad Conde, formó parte de un grupo que pretendía renovar la política de la ciudad y dar nuevos aires al republicanismo. Se les conocía con el nombre de “jóvenes turcos”, pues tenían como referente la agrupación liberal y laica liderada por Mustafá Kemal Atatürk⁷. Con el Casino Republicano siempre como base, con el apoyo de su padre, Santiago Casares Paz, y buscando su propio camino, Casares Quiroga empezó una carrera ascendente dentro de la corporación municipal. Pero fue a partir de 1917 cuando comenzó a hablarse de su propia fracción, los llamados *casaristas*, nombre con el que se designó desde entonces a aquellos que se agruparon en torno a su figura. Frente a él, su compañero de edad y primeros pasos en el mundo de la política, Gerardo Abad Conde, que ocupó la alcaldía en sustitución de Casares Paz. Tras una breve tregua, los casaristas decidieron ausentarse de los plenos para forzar la dimisión del alcalde y empezaron a negociar con los concejales monárquicos, a pesar de su distancia ideológica, apoyándose en la existencia de intereses comunes. Una concepción

5 *El Progreso*, 25.12.1932, p. 1.

6 GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Estudio preliminar” en GRANDÍO SEOANE, Emilio (ed.): *Casares Quiroga: Discursos parlamentarios (1931-1936)*. Sada (A Coruña), Edición do Castro, p. 10.

7 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, *op. cit.*, p. 22.

pragmática de la política que Casares ejercería en más ocasiones a lo largo de su carrera⁸.

A ese pragmatismo unió la existencia de unas redes bien trazadas, que le garantizaban el control del poder local pero que le permitían ir más allá. Empezó entonces a poner sus miras en la política regional, lo que con el tiempo le permitió fijar su vista en Madrid. Su proyección gallega comenzó de la mano del agrarismo. Incluso antes de ser elegido concejal, Casares participó en la I Asamblea Agraria Regional de Monforte, celebrada en abril de 1910, y también colaboró en el desarrollo de *Solidaridad Gallega*, el movimiento que, inspirado en la *Solidaritat Catalana*, encuadró a regionalistas, republicanos y tradicionalistas en una misma organización⁹. En 1919, durante la VII Asamblea Agraria de A Coruña, cuando el movimiento solidario se encontraba en plena crisis, Casares propuso la celebración de una nueva asamblea con la intención de mantener la unidad de acción. Su iniciativa no salió adelante, pero contó con numerosos apoyos, entre ellos los de asociaciones agrarias de Pontevedra o Ferrol, algunos galleguistas así como agrarios socialistas de A Coruña, lo que daba una idea de sus redes de influencia futuras. La llegada de la dictadura de Primo de Rivera frenó en apariencia esta dinámica. Casares se retiró de la actividad política, dedicándose a sus labores de abogado y sus negocios particulares. A esto habría que añadir el arresto domiciliario que sufrió en los primeros años de esta nueva etapa del régimen. Sin embargo, los movimientos continuaban. El camino elegido para mantener ese paisaje de relaciones extensas y bien entrelazadas sobre las que apoyar sus actuaciones políticas fue, como en tantos otros casos, el de la masonería, que permitió ampliar y diversificar la procedencia de los *casaristas*. A pesar de mantener esta denominación tan personalista, el grupo no sólo creció sino que comenzó a aglutinar a personajes de tendencias más diversas y numerosas. Como resultado de esta suma de fuerzas en torno a Casares, en octubre de 1929 nació la ORGA (Organización Gallega Republicana Gallega Autónoma), cuyos objetivos eran conseguir una república reformista y federal que dotase a Galicia de un régimen autonómico. Junto a Casares formaban parte de este proyecto gente como Emilio González López, José Calviño o Alfredo Somoza, que se habían ido uniendo a él a lo largo de los años, así como políticos de la órbita nacionalista, como Antón Villar Ponte, Víctor Casas o Ánxel Casal. Se trataba de una

8 GRANDÍO SEOANE, Emilio: "Estudio...", *op.cit.* pp. 12-13.

9 BERAMENDI, Justo: *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*. Vigo, Edicións Xerais, 2007, p. 349.

organización con estructuras de base muy débiles, una suma de personalidades que dependía demasiado de los diferentes poderes locales, especialmente de los urbanos, y que se asemejaba más a un partido de elites o de notables que a uno de masas. La figura de Casares y la coincidencia en ciertos objetivos eran los principales ingredientes del cemento que los mantenía unidos¹⁰.

Con la dictadura de Primo de Rivera tambaleante y con ella la monarquía más que en entredicho, el republicanismo gallego respiraba la necesidad de unir todos sus efectivos bajo unas únicas siglas. Este fue el espíritu que empujó a la celebración de una reunión semiclandestina que dio lugar al conocido como Pacto de Lestrove. Se celebró el 16 de marzo de 1930 entre la ORGA y Alianza Republicana, coalición que agrupaba al Partido Radical y algunos grupos de federalistas. Asistieron, entre otros, Casares Quiroga, Antón Villar Ponte, Gerardo Abad Conde, Bibiano Fernández-Osorio Tafall, José Calviño, Joaquín Poza Juncal o Laureano Santiso Girón. El principal resultado de esta reunión fue la creación de la FRG (Federación Republicana Gallega), cuyo objetivo era contribuir a la llegada de una república democrática a España, así como conseguir la autonomía para Galicia, esto último a pesar de la presencia de los lerrouxistas, que no se caracterizaban precisamente por su simpatía hacia el autonomismo¹¹. Casares salió reforzado de Lestrove, donde se decidió que fuese el delegado del republicanismo gallego en la reunión que se iba a celebrar en San Sebastián en el mes de agosto. Esta designación supuso su entrada de hecho en la elite del republicanismo español¹². Su posición ante la posible llegada de la República no podía ser mejor.

El camino de Portela desde su entrada en la política activa hasta las puertas de la Segunda República no fue menos intenso, aunque su situación en 1930 no iba a ser tan favorable de cara al futuro inmediato. El debut político del pontevedrés a pesar de las cartas positivas con las que contaba y que ya se han explicado, fue mucho más tardío en edad que el de Casares, aunque anterior en cronología. Eso sí, el salto fue más ambicioso, pues comenzó directamente por el Parlamento. Las elecciones de septiembre de 1905 fueron las primeras en las que Portela se postuló como candidato y como en todas las ocasiones que vendrían después, excepto en 1933, obtuvo el acta que disputaba. En este primer paso contó con el apoyo nada menos que de Montero Ríos,

10 GRANDÍO SEOANE, Emilio: "Estudio...", *op.cit.*, pp. 17-23.

11 BERAMENDI, Justo: *De provincia...*, *op.cit.*, p. 767.

12 GRANDÍO SEOANE, Emilio: "Estudio...", *op.cit.*, pp. 27.

por aquel entonces presidente del Consejo de ministros y necesitado de apoyos dentro de su partido, donde Segismundo Moret, pese a haber perdido el primer asalto, le disputaba la sucesión de Sagasta. El ministro de Gobernación, pieza clave en las elecciones de la Restauración, era Manuel García Prieto, yerno del presidente y antiguo compañero de Portela. El apoyo desde el gobierno estaba, por tanto, garantizado. Pero los planes del nuevo candidato incluían el intentar ser independiente. Eso determinó la elección del distrito por el que presentarse¹³. En lugar de hacerlo por cualquiera de los feudos de tradición monterista o controlados sin oposición por el Partido Liberal, Portela optó por hacerlo por el de A Fonsagrada, circunscripción lucense próxima a Asturias que agrupaba al municipio de este nombre junto a los vecinos de Navia de Suarna, Baleira y Pol, y una sección del de Castroverde. Este distrito no tenía un color definido, apenas había repetido diputado en décadas y la elección solía coincidir con el candidato que contaba con el apoyo de Manuel Díaz Díaz, juez, diputado provincial y, sin duda, el hombre clave de las redes locales para estas lides. Sirva de ejemplo de su influencia el hecho de que José Lombardero, director del diario *El Noroeste*, conservador y diputado elegido en los comicios anteriores, decidió no presentarse a la reelección cuando al entrevistarse con Díaz, este le comunicó que su apoyo era para León Urzáiz y Cuesta, el candidato liberal¹⁴.

Esto supuso que, a pesar de contar con el respaldo del poder central, Portela tuvo que enfrentarse para la elección a las redes locales, favorables a otro miembro de su partido. Convencido de la necesidad de contar con apoyos en A Fonsagrada, en esta primera cita electoral Portela intentó crearse sus propias clientelas locales. Su hombre clave fue Castor Aira Barrera, secretario municipal que había sido suspendido en varias ocasiones en los años anteriores, lo que garantizaba su mala relación con la corporación vigente, que presidía como alcalde Enrique Díaz, hermano del muñidor. A pesar de las dificultades, logró convertirse en el diputado por Fonsagrada, distrito por el que mantuvo su escaño hasta 1923, cuando la dictadura de Primo de Rivera clausuró el Parlamento. De cara a las elecciones siguientes, convencido de la importancia que para su carrera política tenía hacerse fuerte en su distrito, Portela intentó consolidar sus

13 MERA COSTAS, Pilar: “Los inicios parlamentarios de Manuel Portela Valladares”, en GONZÁLEZ, Carmen y MARÍN, Encarna: *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy. Actas el IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (formato cd-rom). Murcia, Editum, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2008, pp. 3-5.

14 LÓPEZ FERNÁNDEZ, Emilio: *El diputado por Fonsagrada. Manuel Portela Valladares*. Oviedo, edición del autor, 2002, p. 15.

redes incipientes en A Fonsagrada. Junto a Aira Barrera, la familia de los Peñamaría, especialmente Armando, que de su mano llegaría a ser gobernador civil y diputado durante la República, eran las piezas cruciales de este esquema.

Un sistema clientelar tiene como base el intercambio de beneficios, de modo que el diputado se dispuso a servir a su distrito dedicándose a los temas que más le afectaban: los problemas de comunicación y las cuestiones agropecuarias. La consecuencia más inmediata de ello fue, además de su repetida intervención parlamentaria en comisiones y discusiones sobre caminos y carreteras que afectaban a la zona, su implicación en el agrarismo. Su trabajo en este aspecto siguió dos líneas, la pragmática y la propagandística. La primera consistió en la promoción y apoyo a iniciativas en busca de mejoras en la agricultura y la ganadería de la región. Así por ejemplo, nació el Sindicato Agrícola de Fonsagrada, cuya misión, entre otras, era mejorar la formación de sus socios, a los que se les repartía nuevas semillas híbridas de maíz, fruto de experimentos de veterinarios como Cruz Gallástegui o Rof Codina, con las que se conseguía mejorar la cantidad y la calidad de la cosecha. Lo mismo sucedía con la ganadería, con proyectos como la distribución en los diferentes partidos de sementales porcinos y bovinos, con el objetivo de aumentar la calidad del ganado en general, y en especial el de consolidar una raza vacuna autóctona. La Sociedad de Propietarios de Urbana, Rústica, Agrícola y Pecuaria, la Sociedad de Labradores, el Seguro de Ganados o la Caja Rural de Préstamos y Ahorros, son otras de las iniciativas que se desarrollaron durante estos primeros años de su legislatura, casi todas ellas con hombres de su confianza, como Armando y Ovidio Peñamaría, al frente.

La línea propagandística empezaba en el ámbito más inmediato con publicaciones como *O tío Pepe*, que además de difundir todas estas iniciativas, ensalzaban su figura y se encargaban de recordar que Portela era su principal promotor. Pero también tenía dimensiones más políticas, como su inclusión en movimientos como Acción Gallega, liga de la que fue fundador junto a Basilio Álvarez y Alfredo Vicenti. Alrededor de estas asociaciones Portela participó en una serie de mítines desde sus primeros tiempos como diputado y con los que continuó, salvo breves pausas, hasta vísperas de la etapa primorriverista. Se convertía de este modo en uno de los notables en la lucha antiforal, con intervenciones apasionadas y artículos explicativos en numerosas publicaciones sobre el origen, los inconvenientes y las posibles soluciones al problema foral. Una de las revistas que recogió estos artículos fue *Acción Gallega*, órgano oficial de la

organización con la que compartía nombre y en la que también Casares Quiroga escribió en alguna ocasión.

Esta preocupación agraria, que con el tiempo caminaría de la mano con sus inquietudes autonomistas para Galicia, le proporcionó importantes réditos para su carrera en la política nacional. La solidez de su distrito le garantizó la independencia necesaria para distanciarse de su padrino inicial y acercarse a José Canalejas, más próximo a él en edad y objetivos políticos. De su mano Portela llegó al gobierno civil de Barcelona en 1910, una papeleta difícil para ser su primer cargo de confianza que solventó satisfactoriamente y sobre la que se construyó su fama de buen gestor de conflictos y hombre resolutivo al que recurrir en momentos tensos y complicados. El asesinato de Canalejas frenó una carrera ascendente y lo dejó un tanto descolocado, aunque gracias a la fortaleza de la que gozaba en su feudo pudo recuperarse. Como en el caso de Casares, el control del poder local facilitó su camino en el ámbito nacional. 1923 lo devolvió al gobierno civil de Barcelona y le dio la oportunidad de ser ministro por primera vez en el último gobierno de concentración de García Prieto, aunque el golpe de Primo de Rivera apenas le dejó ejercer una semana. La nueva situación refrenó bastante sus actividades, al menos de cara a la galería. No sufrió un arresto domiciliario como el de Casares Quiroga, pero sí tuvo vigilancia policial diaria durante al menos un año y medio. Y al igual que Casares, encontró en la masonería una buena manera de mantener y extender sus contactos. Portela vivía en Barcelona desde 1913, cuando contrajo matrimonio con Clotilde Puig de Abaria, una mujer madura de fortuna y familia aristocrática que lo convirtió en conde consorte de Brías. De modo que fue en esta ciudad donde desarrolló su actividad masónica, alcanzando el grado 33 y llegando a ser venerable maestro, además de gran maestro de la logia regional del Nordeste. Esto le permitió extender sus relaciones más allá de Cataluña e incluso ejercer de representante en misiones en el extranjero, además de consolidar relaciones con otros políticos masones, como su amigo y futuro ministro, Augusto Barcia.

Su otra gran baza durante la dictadura fue el nacimiento de *El Pueblo Gallego*, que se convirtió en el diario más importante y con más difusión de Galicia hasta su incautación por las autoridades franquistas. El periódico le sirvió como portavoz de sí mismo y también para las causas que iba decidiendo, poniéndolo a disposición de aquellos a quienes quiso apoyar o con quienes tenía asuntos en común. Los galleguistas fueron probablemente los más beneficiados pues, con excepción de un paréntesis entre

las elecciones de 1933 y los meses centrales de 1935, sus páginas siempre estuvieron abiertas para ellos, ofreciéndoles un escaparate y unas posibilidades de difusión que no les daba ninguna de sus propias publicaciones.

Todo este almacén de relaciones llevó a Portela en 1930, con una dictadura agotada y la seguridad de que la situación iba a cambiar (aunque sin tener claro bajo qué sistema se gestionaría dicho cambio), a intentar crear un partido similar a la Lliga de Cambó, que uniese a agraristas, nacionalistas y viejos liberales en un proyecto de regeneración y cambio para Galicia, defendiendo la consecución de su autonomía para que pudiese solucionar por sí misma los problemas para los que entendía que España, a la vista del desconocimiento continuado que manifestaba sobre su realidad diferenciada, no le podía ofrecer alternativas. Una de las primeras tentativas públicas de esta unión fue el Compromiso de Barrantes, reunión celebrada en el pazo del mismo nombre, propiedad del conde de Creixell, Vicente Sagarriga y Pisón, y en el que participaron además de Portela, hombres vinculados a él como Ramón Fernández Mato (que fue su secretario personal y director de *El Pueblo Gallego*), agraristas como Basilio Álvarez, moderados como Armando Cotarelo, conservadores como Isidoro Millán, y nacionalistas como Castelao, Otero Pedrayo, Valentín Paz Andrade, Enrique Peinador, Ramón Cabanillas, Florentino Cuevillas o Álvaro das Casas, todos ellos con una relación de larga duración con Portela. Del universo ORGA sólo asistieron Lois Peña Novo, Laureano Gómez Paratcha y Elpidio Villaverde. La lista de firmantes se completaba, además de con el anfitrión, con Ramón Salgado, Jesús Bal y Gay, César López Otero, Raimundo Vidal Pazos, Gustavo Lagarejos, Manuel Fernández Boado, José María Díaz Villamil, Julio Vila y Victoriano García Martí. La reunión se celebró el 25 de septiembre de 1930 y dio como fruto un manifiesto que se publicó en la prensa del día siguiente. Sus puntos básicos coincidían en gran medida con el pensamiento político de Portela, que no en vano fue su gran impulsor y logró reunir en Barrantes una nutrida y variada representación de lo que se podría denominar políticos de centro democrático gallego¹⁵, todos ellos unidos al promotor del acuerdo por lazos de camaradería política o vieja amistad¹⁶. El manifiesto se centraba en los problemas prácticos de Galicia, cuestiones culturales, económicas y de infraestructuras, cuyo

15 BERAMENDI, Justo: *De provincia...*, *op.cit.*, p. 788.

16 MERA COSTAS, Pilar: "Proyectos democráticos en la Segunda República española. El discurso de centro de Manuel Portela Valladares", en *Res Pública: revista de la historia y del presente de los conceptos políticos*, nº 25, 2011 (en prensa).

origen o falta de solución provenía del desconocimiento de quien se encargaba del gobierno desde Madrid, por lo que propugnaba como mejor medicina la consecución de la autonomía. La defensa de esta cuestión y la lucha contra el caciquismo se explicitaban con rotundidad como los grandes objetivos. En cambio, la apuesta por un régimen concreto no aparecía por ningún lado. Ante las dudas de lo que pudiese pasar, los firmantes optaron por la ambigüedad, demostrando cierto posibilismo respecto al sistema de gobierno. No les importaba tanto la forma que se adoptase para articular el nuevo Estado como que este garantizase la consecución de ciertos objetivos que se consideraban imprescindibles para el desarrollo de Galicia y para la consolidación de la democracia en España.

Esta ambigüedad restó contundencia y éxito al Compromiso de Barrantes, cuyos participantes se quedaron descolocados con la llegada de la República, al contrario de lo que ocurrió con los miembros del otro encuentro para el que pretendían aparecer como alternativa, el Pacto de Lestrove, celebrado apenas medio año antes. Esta dualidad de pactos de desigual resultado explica mejor que nada la posición tan diferente en la que se encontraban Portela y Casares para afrontar la llegada de la República. Sin embargo, estos pactos también arrojan luz sobre sus semejantes maneras de actuar y sobre cómo, a pesar de lo que pueda parecer, no se encontraban tan distanciados en modos ni en contenidos. Además, de Lestrove, como ya se dijo, Casares salió como representante del republicanismo gallego para San Sebastián. Y de allí volvió con el encargo de repescar para la causa precisamente a Portela Valladares, con la intención de aprovechar el potencial que ofrecía como opositor reconocido a la dictadura, así como por su proyección en los medios de comunicación. Era un hombre de prestigio, conocido, con una imagen sólida entre los votantes y con unas redes clientelares extensas que podían llenar los huecos que los republicanos y casaristas no cubrían, especialmente en la provincia de Lugo¹⁷. El 7 de septiembre de 1930, dieciocho días antes de la reunión de Barrantes, se produjo un encuentro entre Casares Quiroga y Portela Valladares para discutir este hecho. Se trata del primer y único encuentro de este tipo del que existe constancia entre ambos personajes, a pesar del espacio político que compartieron a lo largo de su vida. En él también estuvieron presentes José Calviño, Lois Peña Novo y Antón Villar Ponte. Así se lo contó Xerardo Álvarez Gallego a su cuñado, Alexandre Bóveda, y a Castelao, según relataba él mismo

17 GRANDÍO SEOANE, Emilio: "Estudio...", *op.cit.*, p. 27.

en la biografía que escribió sobre el primero¹⁸:

Cando Porteliña, como ti lle chamas, saía por Sant-Yago pra San Sebastián, dende Mondariz, rematada a súa tempada de augas no balneario, vai facer dous anos, chamado polo fillo do coxo Romanones, o marqués de Vilabráxina, pra que non se esquecera que seu pai o tiña en carteira pra nomealo ministro no gabinete liberal que coidaba, seguindo a idea de Cambó, organizar á caída da “Dictablada”, os republicáns da Cruña saíronlle ó paso do seu “Rolls” na cibdade de Sant-Yago e forzárono a conferenciar no Hotel Compostela. Casares, no nome de tódolos republicáns galegos, comprendido Abad Conde -sempre en grupo aparte da ORGA- díxolle que si persistía na súa declaración antimonárquica feita no mitin de Salvaterra de Miño, il ofrecíalle cederlle o seu posto de concurrinte ó Pauto de San Sebastián. “Vostede, co seu periódico, tan abandeirado de republicán, pode, si quer, exercer a xefatura do republicanismo galego”.

-¿Estás certo do que dis?

-Certísimo. Contoumo Calviño, que foi o intermediario da entrevista.

-¿E Porteliña que dixo?

-Rompeu en gargalladas. ¿A República? ¿Quen pensaba niso? ¿Quen podería rexila? ¿Alcalá Zamora, que tiña rodilleiras, de tanto rezar, nos pantalóns en na ialma? ¿Marcelino Domingo, vago consuetudinario? ¿Lerroux, que era todo química orgánica? ¡Non había homes! Viría, en troques, un goberno de esquerda -de esquerda crásica- engadíu, capaz de facer modificacións sustanciais dentro da monarquía, como sería a da representación gubernamental das rexións hespañolas. Presidiríao o Conde de Romanones.

-¿E que lle respondeu Casares?

-Roxo de carraxe (il que é tan paleado) díxolle: “Nos equivocamos; lo sentimos por usted, Portela. La República viene”. Ergueuse. Non quixo seguir falando, a pesares dos pregos de Peña Novo, que intentou, ao menos, soste a liña republicán do “El Pueblo Gallego”.

Portela respondeulle:

-“Eso es otra cosa. Ustedes los colaboradores seguirán, si quieren, escribiendo sobre la República, como pueden escribir sobre la luna. Y yo volveré, como en Salvatierra, a declararme anti-monárquico si no cae la Dictadura”.

Este es el único relato que se conserva de dicho encuentro, de ahí su interés, aunque hay que tener en cuenta a la hora de analizarlo el hecho de que Álvarez Gallego guardaba muy mal recuerdo de Portela Valladares, para quien trabajó en *El Pueblo*

18 ÁLVAREZ GALLEG0, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Buenos Aires, Edicións Nós, 1972, p. 97.

Gallego y con quien tuvo varios encontronazos que desembocaron en su despido. Fuese por el despido o por la mala relación previa, el caso es que Álvarez Gallego se mostró a lo largo de todo su libro extremadamente crítico con el que había sido su jefe, hablando de él con unas grandes dosis de subjetividad y siempre en negativo. Realmente resulta difícil imaginar una escena en la que Portela y Casares se mostrasen tan abiertamente hostiles y el primero tan grosero. Especialmente si se considera que ambos eran dos animales políticos que optaban por la negociación pragmática con gente de ideas muy alejadas de las suyas si compartían intereses por los que todos querían pelear. Y a pesar de la competencia o lucha de poder personal que se pudiese establecer entre ellos, sí contaban con intereses comunes que deberían haber hecho que se comportasen de un modo más cauteloso en un momento tan crucial.

El relato, además, contiene una afirmación que, por cuestiones cronológicas, no se puede ajustar a la realidad. Dice Álvarez Gallego que Casares le ofreció a Portela asistir a San Sebastián en su lugar, pero la cuestión es que si el encuentro se celebró el 7 de septiembre, la reunión de San Sebastián ya había tenido lugar el 17 de agosto anterior, por lo que no podía ofrecerle que ocupase su lugar en ella. Y tampoco puede ser en 1929, como parece cuando habla de que había sido dos años antes, porque entonces Casares no podría haberle cedido un puesto que nadie le había otorgado aún a él mismo, ya que la reunión de Lestrove no se celebró hasta 1930. Por todo ello resulta más creíble la afirmación del profesor Emilio Grandío de que el político coruñés volvió de la capital donostiarra con el encargo de reclutar a Portela para el bando republicano. También la versión que insinúa Jose Antonio Durán de que Portela dio largas, rechazando tomar una posición más clara y acudiendo a su edad madura como impedimento para embarcarse en semejantes aventuras en una posición tan adelantada, poniendo en cambio a su disposición las páginas de *El Pueblo Gallego*¹⁹. Tampoco sería descabellado pensar que la visita tenía, además, la intención de neutralizar un proyecto que podía rivalizar con los pasos que Casares había logrado plasmar en Lestrove y que en tan buena posición le colocaban. El encuentro, como ya se ha dicho, tuvo lugar unos días antes de la reunión de Barrantes, que tal vez no habría llegado a celebrarse si el resultado de las conversaciones entre Casares y Portela hubiera sido positivo. Si Barrantes hubiese dado pie a un partido o agrupación con representación melquiadista, lerrouxista, agraria, del núcleo duro de los nacionalistas y orquestada por

19 DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue..., *op.cit.*, p. 35.

un hombre con la influencia de Portela, podría haber puesto en dificultades el proyecto casarista. Además de que, por su ambigüedad en cuanto al sistema de gobierno podía restar efectivos a la causa republicana. Las fuertes críticas que esta ambigüedad despertó entre la izquierda fue lo que desanimó a algunos, como Valentín Paz Andrade, y les hizo desechar la idea de formar parte de un proyecto de partido moderado y nacionalista similar al de Cambó. Casares, que se refería al compromiso como el de los “Berreantes”, fue uno de los más críticos con ellos y durante más tiempo. En enero de 1931, en carta a José Calviño, todavía hace referencia al compromiso diciendo que hay que deshacerlo sin miramientos, a pesar de que creía que no encontraría apoyo en una órbita nacional²⁰. Finalmente dicho partido no llegó a existir.

La cuestión es que al final la Segunda República sí llegó y sus decisiones previas a ella colocaron a Casares Quiroga y Portela Valladares en posiciones muy diferentes a la hora de encararla. Mientras el primero no podía estar mejor situado, Portela entró en ella a contrapié. Pero como buen corredor de fondo, sabía que seguía teniendo sus cartas y se dispuso a jugarlas, a la espera de que las circunstancias resultasen más favorables.

2. LOS AÑOS CRUCIALES. CASARES Y PORTELA DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA.

Santiago Casares Quiroga empezó la nueva etapa en la parrilla de salida de los héroes. Encarcelado en Huesca tras la sublevación en Jaca que no llegó a tiempo de detener, fue trasladado a la Cárcel Modelo, donde compartió encierro con otros miembros del Comité Revolucionario, con quienes en breve formaría gobierno²¹. El encierro le afectó físicamente pero se mostraba esperanzado y convencido de la llegada de la República. En marzo de 1930 fue juzgado en consejo de guerra junto a sus compañeros y aunque fueron condenados a seis meses y un día por excitación a la rebelión militar, el Consejo Supremo decidió concederles la libertad provisional. Fueron liberados el día 24 y recibidos a su salida de prisión por cientos de personas que los vitoreaban. Lo mismo le sucedió a su llegada a Coruña el día 28, con una estación de tren abarrotada, balcones

20 Carta de Casares Quiroga a José Calviño, 23 de enero de 1931, archivo particular de la familia Casares, cedida por Emilio Grandío.

21 Los miembros del Comité Revolucionario juzgados en consejo de guerra junto a Casares eran Manuel Azaña, Francisco Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Miguel Maura Gamazo, Niceto Alcalá Zamora, y Álvaro de Albornoz.

engalanados y serpentinas²². Pero a pesar de ese tratamiento de héroe, Casares tenía claro que quienes en ese momento lo ensalzaban en poco tiempo podrían darle la espalda. Así se lo escribió a su hija mayor, Esther, antes de ser liberado, y también lo recordaba en sus memorias, en su relato de esa jornada, la menor, Vitoliña, la futura actriz María Casares²³ :

En la calle le reclamaban y una vez más tuvimos que interpretar la clásica escena del balcón... Por encima de mi cabeza, en el silencio arrullado por el llanto en sordina de mamá, oí la voz un poco cansada, serena y clara de mi padre: “Mírales, Gloria. Dentro de dos años me tirarán naranjas”.

A partir de aquí los hechos se sucedieron vertiginosamente. En las elecciones municipales del 12 de abril, Casares fue elegido concejal de A Coruña en representación de la ORGA, aunque nunca llegó a tomar posesión. A toda velocidad se trasladó a Madrid. El día 13, los seis miembros del Comité Revolucionario juzgados junto a Casares publicaron un manifiesto, firmado también por Alejandro Lerroux, en el que manifestaban su intención de “actuar con energía y presteza, a fin de dar inmediata efectividad a sus afanes, implantando la República”²⁴. El día 14 este propósito se convertía en realidad y el Comité Revolucionario pasaba a ser el gobierno provisional de la Segunda República, con Niceto Alcalá Zamora al frente y Casares Quiroga como ministro de Marina. Su misión como titular de este gabinete era modernizar técnicamente la Armada y adaptarla al nuevo sistema político. La primera de ellas se vio dificultada por la reducción de presupuesto para su departamento, suspendiéndose las nuevas construcciones de barcos y limitándose a terminar las que ya estaban en marcha. En cuanto a la segunda, las reformas fueron menos profundas que las de su amigo Azaña en el Ministerio de Guerra y no sirvieron para solucionar los problemas internos que existía en el cuerpo²⁵.

Además de hacerlo ministro, la República trajo para Casares la oportunidad de

22 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, op. cit., pp. 91-101.

23 “Aún ha de haber más gritos, más aplausos, más ¡vivas! entusiastas. Y después -con no menor estrépito- sonarán, unidos a mi nombre los “mueras”, “fuera ese cochino”, este que, en las exaltaciones populares proceden siempre al ciego encumbramiento.” Carta de Santiago Casares a su hija Esther citada en GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Estudio...”, op.cit., p. 31. Las palabras de María Casares se citan en la misma página de la misma obra. La cita original en CASARES, María: *Residente privilegiada*. Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 20.

24 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, op. cit., p. 104.

25 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, op. cit., pp. 105-115.

estrenarse como diputado. En estas elecciones la ORGA. se presentó en solitario, como único miembro que quedaba de la FRG. El partido se convirtió en el referente del republicanismo en Galicia, encargándose a través de sus federaciones provinciales de la transición del poder en el ámbito local²⁶. Todo esto sirvió para reforzar la imagen de Casares en Madrid, convirtiéndolo, aún más, en el republicano gallego, el hombre con el que había que tratar las cuestiones que afectaban a Galicia. El control de las elites gallegas urbanas le permitió crear un equipo, los *gallegos de Casares*, dispuestos a colaborar con él y con intención de ocupar cargos en el nuevo régimen. Para muchos de ellos ese cargo fue el de gobernador civil, al recurrir a ellos como gente de su confianza cuando dejó el Ministerio de Marina por el de Gobernación²⁷. De nuevo las redes personales resultaban fundamentales en los dos sentidos: de lo local para lo nacional, de lo nacional para lo local.

La llegada al Ministerio de Gobernación se produjo en octubre, después de la dimisión del ministro anterior, Miguel Maura, tras la aprobación de los artículos de la Constitución que hacían referencia a la cuestión religiosa. Además de Maura, también el presidente, Alcalá Zamora, presentó su renuncia, lo que llevó a Manuel Azaña a ocupar su lugar. Para una cartera tan compleja y especialmente en un momento tan delicado, Azaña recurrió a su hombre de confianza dentro de aquel gabinete. Casares, según las palabras de aquel, no recibió el encargo con mucho entusiasmo y si aceptó el puesto fue exclusivamente por lealtad a su persona²⁸. A partir de este momento, el trabajo engulló aún más al político coruñés, lo que aumentó las dificultades en la relación ya de por sí complicada que mantenía con Gloria, su esposa, aunque la existencia de una hija en común los impulsó a continuar con su matrimonio.

26 GRANDÍO SEOANE, Emilio: *A Segunda República en Galicia. Memoria, mito e historia*. Vigo, Nigra-Tea, 2010, pp. 57-73.

27 “Un ejemplo: a la cita de la Asamblea Fundacional del PRG de octubre de 1932 asistieron los Gobernadores Civiles de Alicante, Granada, Cáceres, Cádiz, Ciudad Real, Jaén, Málaga, Murcia y Sevilla, todos ellos miembros de la organización. Buena parte de ellos surgen del propio Comité Ejecutivo del FRG, como Calviño Domínguez, Ínsua Sánchez, Varela Radío, López Bouza o el exalcalde herculino Juan González Rodríguez, entre otros. (...) Además de Gobernadores Civiles, Casares nombró a varios de sus hombres de confianza como responsables directos. Por ejemplo, González López fue primero designado Director General de Administración Local y luego, tras la sucesión de José Calviño, Director de Beneficiencia. Este último cargo también fue ocupado por Luís Recasens Siches, Catedrático de Filosofía del Derecho de Santiago. El propio Alcalde de Pontevedra, Osorio-Tafall, en ocasiones díscolo con la línea organizativa del partido, fue nombrado Subsecretario de Trabajo y luego de Gobernación.” En GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Estudio...”, *op.cit.*, p. 38.

28 “Como yo tengo el propósito de que cada ministro continúe donde está, he de buscar un sustituto para Maura. Llamo a Casares, y le digo que va a encargarse de la cartera de Gobernación. A Casares le hace poca o ninguna gracia. Accede porque se trata de mí.” En AZAÑA, Manuel: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona, Editorial Crítica, 2000, p. 320.

No fue este el único quebradero de cabeza que le trajo a Casares su nuevo Ministerio en un momento en el que el ambiente era tremendamente alarmista. Eso sí, contó a su favor con una herramienta muy poderosa, la Ley de Defensa de la República, que se aprobó pocos días después de su acceso al cargo. Esta ley permitía atar en corto a los medios de comunicación al considerar como agresión al régimen cualquier acción o expresión que supusiese un menosprecio para el Estado y sus instituciones. También le daba facultades para suspender cualquier reunión o manifestación pública, ya fuese política, religiosa o social, si se creía que podía perturbar el orden, así como para incautar toda clase de armas, aunque se poseyesen lícitamente, y para clausurar cualquier centro o asociación que se considerase que incitaba a la violencia. Esta ley fue criticada duramente por Portela Valladares y también por su periódico, *El Pueblo Gallego*, pues en su opinión ponía en entredicho las libertades y derechos individuales, cuestiones sagradas en un régimen liberal y democrático, y encaminaban a la República por una peligrosa senda de autoritarismo²⁹.

Con Ley para la Defensa de la República y todo, Casares Quiroga tuvo que lidiar con numerosas situaciones complicadas durante este período, empezando por los sucesos de Castilblanco y Arnedo, con duros enfrentamientos entre vecinos y Guardia Civil que acabaron con la muerte y mutilación de cuatro miembros de la Benemérita en el primer caso, y de once paisanos en el segundo³⁰. En agosto de 1932 su ex director general de la Guardia Civil y en ese momento director del Cuerpo de Carabineros, el general José Sanjurjo, protagonizó un intento de golpe de Estado que se sofocó sin mayores problemas. Sanjurjo fue condenado a muerte, aunque el gobierno le concedió el indulto, a pesar de la opinión de Casares Quiroga, que creía que con esa decisión se rompía la firmeza del gobierno y se alentaba a los conspiradores³¹. Con todo, el peor suceso y el que más afectó a su imagen, en el momento y especialmente en los retratos que se han hecho de su persona con posterioridad, fue el de Casas Viejas, en enero de 1933, donde un nuevo enfrentamiento entre Guardia Civil y ciudadanos tras un intento de insurrección anarquista se saldó con la muerte de diecinueve habitantes del pueblo. El asunto causó un gran revuelo y se acusó a la Guardia Civil de haber actuado con excesiva severidad. Este suceso supuso un serio desgaste para el gobierno y

29 PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, *op.cit.*, pp. 126-130.

30 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, *op. cit.*, pp. 126-134; GIL ANDRÉS, Carlos: *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja alta*. Barcelona, Editorial Crítica, 2006, p. 78.

31 AZAÑA, Manuel: *Diarios completos...*, *op.cit.*, p. 608.

especialmente para el ministro, que además no compareció ante el Parlamento para explicar lo sucedido. En un primer momento fue su subsecretario, Carlos Esplá, quien expuso la versión gubernamental ante el hemiciclo. Y unos días después, el 2 de febrero, fue el propio Azaña el encargado de hacerlo, ya que Casares, enfermo, con alta fiebre y fuerte medicación, no estaba en condiciones de presentarse. El deseo del ministro era dejar el puesto que había asumido por obligación cuanto antes, pero no lo vio cumplido hasta el 12 de septiembre, cuando tras la crisis del gobierno y el intento fallido de Lerroux de formar un nuevo gabinete, fue Diego Martínez Barrio quien asumió la presidencia del nuevo Consejo, que sería el encargado de gestionar las elecciones legislativas de noviembre del 33³².

Durante esta legislatura la relación de Casares Quiroga con los demás diputados gallegos sufrió cierto desgaste. En ello influyó, además del retraso en los trámites para la aprobación del Estatuto de Autonomía, el polémico tratado con Uruguay para la compra de carne congelada, que perjudicaba notoriamente los intereses de la ganadería gallega. Todos los diputados de las cuatro provincias manifestaron su rechazo a Casares, incluidos los de su grupo, que amenazaron con retirar su apoyo al gobierno en caso de que la medida saliese adelante, lo que podía provocar su caída. El proyecto estaba impulsado por Fernando de los Ríos, y aunque no era del agrado de Casares, este tampoco se encontraba cómodo con la actitud de sus compañeros, que le dejaban en una situación delicada dentro del Consejo. Manuel Azaña, consciente de las dificultades que le podía ocasionar a su amigo así como de la tensión que podía generar en su gobierno este asunto, permitió que su aprobación se dilatase lo más posible en el tiempo³³.

En cuanto a la autonomía, a pesar de los acuerdos alcanzados en Lestrove y de que en San Sebastián el comité revolucionario se había comprometido a hacer a Galicia las mismas concesiones que a Cataluña y al País Vasco, el proceso seguía un ritmo mucho más lento de lo que los nacionalistas esperaban. Aunque Casares se manifestaba favorable al Estatuto gallego, para él el fin primordial era la consolidación de la República y todo lo demás debía supeditarse a ello³⁴. No estaba convencido de que el

32 FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, op. cit., pp. 145-157.

33 AZAÑA, Manuel: *Diarios completos...* op.cit., pp. 898-900.

34 “Soy gallego, como he dicho, hasta el fondo de mi alma. ¡Ah! Pero soy republicano de arriba a abajo, y si el Estatuto Gallego y la autonomía de Galicia no han de servir para crear, sobre estas nuevas bases, una España más grande, más próspera y más fecunda, yo no quiero para nada el Estatuto.” Esta frase pertenece al discurso que Casares pronunció en el Teatro Principal de Lugo durante la asamblea regional por la que se creó el PRG y que reprodujo la prensa al día siguiente. *La Voz de Galicia*, 11-10-1932, citado en FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga...*, op. cit., pp.

resultado del plebiscito por la autonomía fuese favorable y un fracaso podía resultar contraproducente para los intereses del nuevo régimen. Y también para los suyos propios y los de su partido. Fue por ello que se empezó a hablar de la *traición* de Casares a los intereses gallegos. Los objetivos de nacionalistas y republicanos de la órbita casarista no eran los mismos o al menos no estaban situados en el mismo orden en sus escalas de prioridades. La conversión de la ORGA en el PRG (Partido Republicano Gallego) separó de hecho a las dos tendencias que habían convivido en el seno del mismo partido. Sin embargo, no se puede olvidar que cuando Casares volvió a tocar poder, el Estatuto salió adelante. Compromiso ineludible para que el Partido Galeguista apoyase al Frente Popular, es cierto. Pero la cuestión es que cuando finalmente el plebiscito se celebró, era Casares Quiroga quien presidía el Consejo de ministros. Y que si finalmente no llegó a aprobarse de manera oficial fue porque el golpe de Estado del 18 de julio cortó de cuajo esa oportunidad³⁵.

Frente a esta ambigüedad de Casares ante la autonomía de Galicia, el mayor esfuerzo de Portela Valladares durante la primera legislatura de la Segunda República se orientó hacia la propaganda a favor del Estatuto. Ciertamente es que la posición de este no tenía nada que ver con la de Casares y que hacer campaña pro autonomía no le perjudicaba en absoluto ni entraba en conflicto con ninguno de sus intereses. Más bien al contrario, puesto que podía ser su puerta de entrada y de recuperación de la situación después de que el traspás de Barrantes y, sobre todo sus dudas sobre la llegada o no de un régimen republicano, le hiciesen llegar a él en posición de desventaja. Aún así, Portela consiguió una vez más salir elegido diputado, aunque ya no por el distrito de Fonsagrada puesto que la nueva ley electoral fijaba la provincia como la circunscripción básica. Pero no cambió de zona y Lugo fue su distrito. Se presentó como regionalista independiente y salió elegido por las minorías³⁶. En el Parlamento se movió con los diputados gallegos, especialmente con los galleguistas, defendiendo intereses comunes. Ramón Otero Pedrayo y Daniel Rodríguez Castelao, viejos amigos y compañeros de fatigas, sobre todo el segundo, a quien le unía un profundo cariño, también habían alcanzado su acta de diputado, al igual que Ramón Suárez Picallo y Antón Villar Ponte, asiduos colaboradores de *El Pueblo Gallego*, de modo que la

142-144.

35 GRANDÍO SEOANE, Emilio: "Estudio...", *op.cit.*, pp. 42-48.

36

GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo e eleccións na Galiza da Segunda República*. Vigo, A Nosa Terra, 1999, p. 58.

tendencia lógica era aproximarse a ellos. Esa apuesta por la autonomía era evidente en su diario, que siguió acogiendo e incluso potenció la presencia de los galleguistas entre sus artículos de opinión. Entre ellos se contaban los diputados gallegos a los que se acaba de hacer referencia, pero también otros de sus compañeros de credo, como Francisco Fernández del Riego o Valentín Paz Andrade, que se convirtió en el nuevo director del periódico. Además de los artículos de opinión de tema político o cultural que suponían una defensa expresa y directa de la postura autonómica, *El Pueblo Gallego* incluía con frecuencia denuncias y relatos, en secciones de opinión pero también de información, sobre los principales problemas que afectaban a Galicia. La conclusión era siempre la misma: la República no era capaz de solucionar estos porque al igual que había hecho la Monarquía, la perspectiva con la que se abordaban, en caso de hacerlo, era centralista y desconocedora de la idiosincrasia particular del país gallego. Se adoptaban medidas comunes a las de otras zonas del Estado pero aunque pudiesen llegar a ser beneficiosas para algunas de ellas, no lo eran para Galicia, que tenía un problema o una situación de base totalmente diferente. La solución era, por tanto, la autonomía.

Esta postura no la defendió sólo a través de las páginas de su periódico, sino que también fue una constante en sus discursos e intervenciones. El mejor de los ejemplos para esta afirmación se puede encontrar en las páginas de su libro *Ante el Estatuto*, que vio la luz en octubre de 1932 y que recogía, entre otras cuestiones, la conferencia que había pronunciado el 25 de julio, día de Galicia, de ese mismo año, en la sede del Centro Gallego de Barcelona. En pleno debate parlamentario para la aprobación del Estatuto catalán, Portela apelaba a un público sensible a las necesidades de Galicia pero que podía resultar reticente a planteamientos autonomistas. Se trataba en su mayoría de emigrantes gallegos o descendientes de estos, con intereses económicos y sentimentales en su lugar de origen pero la mayoría también en la órbita del Partido Radical, no muy efusivo con estos temas. Por eso, y aunque también recurría a los grandes mitos fundacionales del nacionalismo gallego, se centraba especialmente en cuestiones prácticas que afectaban a Galicia e impedían su libre desarrollo y que se podían solucionar en el seno de un régimen que acercase el núcleo de toma de decisiones a los territorios donde estas iban a desarrollarse³⁷.

Sin embargo todo este ímpetu autonomista se vio atemperado después de las

37 PORTELA VALLADARES, Manuel: *Ante el Estatuto*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 2008 (ed. facsímil), pp. 11-115.

elecciones de 1933, en las que, por primera vez en su vida, Portela se quedó fuera del Parlamento. Parecía el momento más complicado de su trayectoria y dada su edad, sesenta y seis años, la sombra de la retirada se sospechaba como algo más que una opción. Pero a pesar de esta lógica, los presagios no se cumplieron y logró darle la vuelta a la situación, llegando a ocupar en esta etapa los puestos más importantes de su carrera. Cerrada la vía casarista después de su reunión en el Hotel Compostela y de una primera legislatura donde no hubo ningún guiño hacia su persona por parte del coruñés, el Partido Radical, que además había sido el gran triunfador de las elecciones, parecía la mejor opción. Las bazas que tenía a su favor eran su fama de buen gestor de conflictos, su control de las redes gallegas, especialmente en las provincias de Lugo y Pontevedra, y la inmejorable arma de propaganda que podía ser *El Pueblo Gallego*. El Partido Radical, que carecía de una estructura de base, podía sentirse más que atraído por estas ventajas. Por si acaso, Portela frenó una de las cuestiones que más lo alejaban de la ideología de esta organización, la autonomía. Durante esta etapa su diario dejó de ser la ventana abierta en la que los nacionalistas podían hacer defensa encendida de sus intenciones. Mantuvo las colaboraciones culturales y el uso de la lengua gallega, pero redujo prudencialmente las cuestiones de política vinculadas a este tema. En verano de 1934 se entrevistó con Lerroux en un misterioso encuentro que se produjo en el balneario de Mondariz, propiedad de Enrique Peinador, galleguista y gran amigo de Portela³⁸. Y fue precisamente Lerroux el encargado de rescatarlo para la política nacional enviándolo a Cataluña, apenas unos meses después de su encuentro, como su primer gobernador general. Se trataba de un cargo creado tras la revolución de octubre de 1934 que dependía directamente de Gobernación y su misión era asumir las funciones del presidente de la Generalitat mientras esta permanecía suspendida y la situación no volvía a la normalidad constitucional. Su nombramiento fue muy bien recibido en Barcelona, tanto por parte de los catalanistas, que le conocían desde mucho tiempo atrás y confiaban en su trayectoria autonomista, como por los menos proclives a cuestiones nacionalistas, a los que su fama de buen gestor del orden público les aportó tranquilidad. El tiempo que permaneció en el cargo pareció darles la razón a ambos sectores y consiguió apaciguar el ambiente y desempeñar su puesto sin sufrir grandes sobresaltos³⁹.

38 LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia de España*. Barcelona, Editorial Mitre, 1985, pp. 229-230.

39 PLA, Josep: *La Segunda República Española. Una crónica, 1931-1936* (edición de Xavier

Ese buen hacer, que incrementó su fama de buena opción para solucionar papeletas complicadas, le llevó directamente de Cataluña al Consejo de ministros. La cartera que se le destinó fue aquella que tantos sinsabores le trajo a Casares Quiroga, la de Gobernación. Desde ella Portela intentó mantener la línea que había desarrollado en Barcelona, manteniendo el orden público pero apostando por vivir en un aire de normalidad. Su talante negociador y sus decisiones comprensivas con las cuestiones nacionalistas le llevaron a tener grandes problemas con José María Gil Robles, ministro de Guerra y líder de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). Las tensiones con él eran continuas y también las disputas en las reuniones del Consejo por diferentes asuntos. Uno de los mayores encononazos protagonizados por ambos tuvo como objeto la situación de la Guardia Civil. Gil Robles quería que este cuerpo pasase a depender de su Ministerio, dándole consideración militar y garantizándose su control, mientras Portela se rebelaba ante esta posibilidad, pues quería mantener a la Benemérita como un sistema de policía dependiente del Estado y del poder civil y no del Ejército, que en su opinión, ya tenía demasiado poder.

Tras el verano de 1935, Portela dejó la cartera pero estaba muy cerca de alcanzar el puesto más importante de su carrera. El 14 de diciembre de ese año, agotados los gobiernos radical-cedistas por los meses de tensiones crecientes entre ambas formaciones, a lo que había que añadir la debilidad del Partido Radical tras la escisión del grupo de Martínez Barrio y sobre todo, tras los escándalos de corrupción, especialmente el del *estraperlo*, que salpicó al propio Lerroux, Alcalá Zamora decidió recurrir a Portela para formar el gobierno encargado de disolver las Cortes y gestionar una nueva convocatoria electoral. La idea era que, aprovechando su posición de poder y su experiencia en cuestiones electorales, Portela lograra garantizar una minoría importante de diputados de centro en el futuro Parlamento, de manera que tuviesen peso suficiente para obligar a los dos grandes bloques a tenerlos en cuenta para decidir, al tiempo que ejercían una labor de moderación del ambiente político, cada vez más polarizado y enrarecido.

Las cosas no salieron como Portela y Alcalá Zamora pretendían. Primero, porque contaron con menos tiempo del esperado, lo que hacía aún más difícil una misión tremendamente complicada. Y segundo, porque la izquierda no se mostró favorable a pactar con el recién creado Partido de Centro durante la elaboración de las

candidaturas. Al final y después de haber sido muy crítico con la actitud de la derecha, Portela se vio obligado a incluir a buena parte de sus compañeros de partido en listas encabezadas por miembros de la CEDA. El resultado de los comicios fue mucho menos positivo de lo que un optimista presidente del Consejo de ministros podía esperar. El Frente Popular ganó las elecciones por un estrecho margen de votos, que debido a la ley electoral se tradujo en una mayoría parlamentaria mucho más fuerte que la de la derecha. Eso creó gran inquietud entre sus líderes y movimientos que hacían temer por un golpe de Estado.

La noche del 17 al 18 de febrero, Portela recibió la visita de Franco y la de Gil Robles que, cada uno por su lado, le manifestaron su preocupación porque la izquierda se hiciera de nuevo con el poder y le sugirieron la conveniencia de que se mantuviese en su puesto para impedir el traspaso de responsabilidades a los miembros del Frente Popular. Le insinuaron, además, que el ejército le respaldaría si adoptaba esta decisión. A la vista de estas conversaciones, Portela se mostró reacio a declarar el estado de guerra para controlar los desórdenes que se vivían en las calles, donde votantes del Frente Popular exigían una amnistía inmediata para los detenidos de octubre del 34. Declarar el estado de guerra suponía dejar el control del orden público en manos del Ejército, el mismo que presuntamente le apoyaría si decidía dar un golpe de mesa y mantenerse como presidente.

Después de una larga noche de conversaciones telefónicas, gobernadores civiles dimitidos y mucho descontrol, Portela decidió acelerar el traspaso de poderes, confiando en que los líderes del Frente Popular eran los más indicados para frenar el ímpetu y las protestas de sus votantes, algo que él no se veía capacitado para hacer al ver que su único mecanismo de acción eran precisamente quienes podrían sentirse inclinados a dar un golpe de Estado para alterar un resultado que no les había convencido en absoluto. El gobierno del Frente Popular se iniciaba con esta amenaza de golpe que no llegó a concretarse y que dejó un tanto maltrecha la imagen de Portela, al que de pronto se empezó a acusar de hombre débil que había huido de una situación compleja que no supo manejar. De manera retrospectiva, los miembros de la izquierda le acusaron de haberles obligado a asumir el poder antes de tiempo, minando su legitimidad y dándoles un margen escaso para organizarse. Por el contrario, la derecha, especialmente la vinculada al franquismo, le consideraba el traidor que había entregado el poder a un Frente Popular a favor del cual había manipulado las elecciones,

siguiendo las directrices de la masonería internacional y rechazando mantenerse en su puesto con el respaldo del ejército para garantizar el orden.

Y si el Frente Popular se inició tras una supuesta amenaza de golpe de Estado con la que tuvo que lidiar Portela desde la presidencia, terminó con un golpe real que Casares Quiroga vivió desde esa misma posición. El nombramiento de Casares como presidente del Consejo de ministros vino, como su designación como ministro de la Gobernación durante la primera legislatura, a pesar de sus deseos y como resultado de la salida de Alcalá Zamora de su cargo. En esta ocasión no fue de la presidencia del Consejo sino de la República y no por su propia decisión, sino por la del Parlamento, cuya mayoría le retiró la confianza y consideró que ya había extinguido su mandato al disolver las Cortes en dos ocasiones. La salida de Alcalá Zamora impuso el nombramiento de un nuevo presidente de la República, cargo que fue a parar a manos de Azaña por ser probablemente el único que podría conseguir una cierta unión a favor de su designación. Una vez que Prieto rechazó ocuparse del gobierno por temor a fracturar al Partido Socialista, presionado por los caballeristas que no querían que el PSOE tuviese participación en el gabinete, Casares, el amigo fiel de Azaña, parecía ser su única baza. Y de nuevo por lealtad a él, no dijo que no.

Casares permaneció en el cargo apenas dos meses. Durante ellos la situación social y política se crispó notablemente. Él mismo protagonizó agrios debates en el Parlamento, especialmente con Calvo Sotelo como interlocutor. El más feroz de ellos se produjo el 16 de junio y en él se declaró beligerante contra el fascismo. De estos debates se desprendió el otro ingrediente que suele acompañar la imagen de Casares, un carácter hosco, soberbio, agitado y desmedido. También en ellos está el origen del calificativo de asesino que recogía el estribillo con el que comenzaba este capítulo, pues numerosos miembros de la derecha no dudaron en señalarlo como culpable indirecto del asesinato de José Calvo Sotelo al recordar, tras la muerte de este, las fuertes palabras que le dirigió desde su tribuna parlamentaria.

El inicio de la guerra civil desdibujó la situación tanto de Casares como de Portela. El primero se vio fuera del gabinete por su enfrentamiento con Azaña respecto a la decisión de repartir armas o no al pueblo. Perdida la confianza del amigo, Casares pasó a un segundo plano, donde se mantuvo con discreción durante el resto del conflicto. Permaneció en Madrid mientras pudo hasta que se vio obligado a exiliarse a Francia. Allí se instaló prácticamente hasta el final de su vida, con excepción del período de la

Segunda Guerra Mundial que vivió en Inglaterra, adonde fue trasladado junto a otras autoridades republicanas para garantizar su seguridad, y de algunas breves etapas de reposo y tratamiento de su tuberculosis en Suiza. Murió en París el 19 de febrero de 1950 y sus restos fueron enterrados en el cementerio de Montparnasse junto a los de su esposa, fallecida de cáncer cuatro años antes.

Portela, por su parte, se vio obligado a exiliarse a Francia en julio de 1936, huyendo de una Barcelona dominada por los anarquistas donde por posición ideológica y social corría peligro de muerte. Tras unas dudas iniciales en las que llegó a escribir una carta de adhesión a Franco impulsado por su esposa, aristócrata, monárquica y que llevaba muy mal el vivir exiliada en una pensión y sin apenas recursos económicos, terminó apostando por la causa republicana, convirtiéndose en un firme defensor de Negrín y su política y colaborando con él como presidente del trust que gestionaba los bienes del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE). Permaneció en territorio francés el resto de su vida, al no conseguir visado para México antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Sobrevivió a ella a pesar de sufrir duros tragos, como su detención e interrogatorios por parte de la policía de Vichy y también de la Gestapo. Tras el final de la guerra abrigó la esperanza de volver a la política activa de la mano del Consello de Galiza y como ministro sin cartera en el gobierno Giral de 1946. Sin embargo, por presiones del galleguismo de interior, que no confiaba en él y prefería a Castelao en dicho cargo, no llegó a ocupar este puesto. A partir de entonces se dedicó a ordenar sus papeles, redactar sus memorias y escribir cartas, en las que exponía sus inquietudes y pensamientos acerca del presente, pasado y futuro de la política española, además de manifestar una morriña creciente por una Galicia a la que estaba convencido de que ya no podría volver. El 29 de abril de 1952 murió en la localidad francesa de Bandol, donde había pasado sus últimos años.

3. CONCLUSIONES

Después de repasar las trayectorias políticas de Santiago Casares Quiroga y Manuel Portela Valladares resulta fácil identificar los lugares comunes que compartieron sus respectivas carreras. Los dos hombres claves en la política gallega de la Segunda República, al menos en la dimensión nacional, siguieron pautas semejantes en sus modos de actuación, objetivos, contenidos, redes y maneras de enfocar los principales problemas con los que les tocó enfrentarse.

En primer lugar, ambos fueron fieles a lo largo de su trayectoria a la ideología en la que fueron educados. Casares, por encima de cualquier consideración, siempre fue republicano y todos sus movimientos, incluso las negociaciones con sectores aparentemente distantes a él, tenían como fin garantizar la llegada y la consolidación de la República. El resto de sus prioridades siempre estuvieron supeditadas a este gran objetivo y si podían ponerlo en peligro no dudaba en posponerlas o incluso dejarlas al margen. Así sucedió, por ejemplo, con la cuestión de la autonomía gallega.

Portela, por su parte, fue ante todo un liberal. Libertades individuales, derechos ciudadanos, supremacía del poder civil, orden público, propiedad privada, garantías constitucionales... esas eran las grandes ideas que defendió, al margen del sistema político que estuviese vigente en cada momento. Por encima de monárquico o republicano, liberal siempre fue la mejor palabra para definirlo. Ese posibilismo respecto a las formas de gobierno le llevaba a aceptar el régimen que estuviese vigente siempre y cuando mantuviese estos principios. Una vez que se ponía en marcha y aceptaba sus reglas de juego, Portela se convertía en defensor convencido del sistema en vigor. Pero si las circunstancias y los errores sostenidos a lo largo del tiempo hacían que dejase de servir a esos principios fundamentales para su credo político, no tenía reparos en apoyar el cambio que permitiese que la situación se mantuviese dentro de las coordenadas de la democracia liberal. Por eso pudo pasar sin dificultad de viudo de la monarquía a republicano ferviente, mantenerse en el bando republicano durante y después de la guerra, y al final de su vida considerar como una salida factible a la dictadura franquista la apuesta por una monarquía constitucional.

Además de estar marcados por la ideología del ambiente familiar en el que fueron educados, tanto Casares como Portela comenzaron su carrera política de la mano de alguien experimentado y cercano a ellos. Y a lo largo de su vida mantuvieron relaciones de apoyo con políticos bien situados que ejercieron con ellos una suerte de padrinazgo. Esa primera persona influyente en el caso de Casares fue su padre, Santiago Casares Paz, que lo guió a lo largo de sus primeros pasos y puso en sus manos todo un legado familiar de creencias, experiencias y aspiraciones. Tras su muerte, Casares no volvió a tener un padrino propiamente dicho, pero sí hubo otra figura que resultó clave en su carrera: Manuel Azaña. Con él mantuvo una relación amistosa que iba más allá de la política, como reflejaba en sus diarios el que fue presidente de la República, donde además de recoger las numerosas salidas y momentos que compartían ellos y sus

esposas, escribió sobre Casares numerosos comentarios positivos e incluso afectuosos, frente a las críticas y juicios negativos que dedicó a lo largo y ancho de sus páginas a prácticamente todos los demás políticos republicanos. Incluido Portela, a quien en sus anotaciones del 7 de agosto e 1937 definió como “*un lunático fatigado y ausente*”⁴⁰. De la mano de Azaña, Casares se consolidó como político de ámbito nacional y hacia él desarrolló una intensa lealtad que le hizo trabajar a su lado, permanecer junto a él en los momentos más complicados, y aceptar y mantenerse al frente de cargos que no deseaba y por los que sufrió numerosos problemas. Incluso su silencio respecto a su salida de la presidencia del Consejo de ministros podría interpretarse en esta clave.

Portela, por su parte, no tuvo un padrino iniciático tan cercano. Sus tíos políticos, José Vilas y Ramón Mucientes, le arrojaron en sus comienzos, pero el salto lo dio de la mano de Eugenio Montero Ríos, de quien aprendió todo lo que había que aprender sobre cuestiones electorales. Tras garantizarse su independencia se distanció de él y comenzó su vuelo en solitario, aunque en diferentes momentos establecería una relación de cercanía con varias personalidades que le ayudaron a consolidar su posición, aunque también se sirvieron de él para solucionar algún problema en concreto, con lo que la relación, más que de padrinazgo o de camaradería fue de mutua necesidad y ayuda. Probablemente de todos ellos con quien mantuvo la relación más parecida a la de Casares con Azaña fue con José Canalejas, al que le unió además de una gran afinidad política, una buena amistad. Si su asesinato no lo hubiera cortado podrían haber formado un tándem sólido en la política nacional. Tras Canalejas, García Prieto, Lerroux y Alcalá Zamora fueron los tres personajes que acudieron en su busca en momentos determinados. El primero, para enviarlo de nuevo a Barcelona y después incluirlo en un ministerio fugaz. Los dos últimos, solicitando su ayuda para resolver complicadas papeletas durante el final de la República. Tanto Lerroux como Alcalá Zamora se han quejado en sus memorias de haber hecho demasiado por Portela, rescatándolo del olvido, apostando por él o dándole la oportunidad de crecer políticamente. No se puede negar que efectivamente los dos colocaron a Portela en posiciones clave (Gobierno General de Cataluña, Ministerio de Gobernación y presidencia del Consejo de ministros), pero también es cierto que al hacerlo intentaban solucionar una cuestión que les quemaba y les traía de cabeza, por lo que la relación, más que de salvador y escudero fue, en ambos casos, de mutuo beneficio.

Casares y Portela resultaban tentadores para quienes querían tener control sobre Galicia porque su manera de hacer política les había colocado en una posición de fortaleza e independencia. Cada uno de ellos llegó a esa situación de un modo diferente, como ya se ha visto, pero ambos coincidían en cuatro puntos básicos a la hora de encarar la política: se preocupaban de lo local pero su vista siempre estaba puesta en la política estatal, donde situaban sus ambiciones; se caracterizaban por su manera personalista de hacer política, de modo que a pesar de asociarse a unas siglas o a otras, al final ellos mismos eran su partido; se apoyaban en un sistema fuerte de relaciones personales, basadas en un sistema de mutua necesidad y mutuo beneficio y creándose un círculo de gente de su confianza a la que recurrían a la hora de afrontar sus grandes empresas, y, finalmente, optaban por el pragmatismo y la negociación como los caminos por los que transitar para poder cumplir los grandes objetivos que no podían perder de vista.

Portela dominaba los mecanismos y mantenía los ideales de la vieja política, lo que le permitía apostar por el consenso, el diálogo y la defensa de los principios de la democracia liberal en un contexto internacional en el que la violencia y el autoritarismo ganaban puntos mientras lo democrático se devaluaba. Sin embargo, se le escapaban los entresijos de la moderna política de masas, lo que no le permitió alcanzar sus objetivos. Casares Quiroga, más joven y mejor conocedor de estos, tampoco estaba, sin embargo, totalmente inmerso en ellos y arrastraba muchas de las características de esa vieja política en la que también se crió. Es por ello que ambos coincidían en muchos de sus modos de comportarse al tiempo que, bajo una denominación u otra, numerosos de los principios que defendían también eran compartidos. Incluso en sus redes de relaciones se pueden encontrar un sinnúmero de nombres comunes que fluctuaban de una clientela a otra o que se relacionaban con ambas. Sólo hay que echarle un vistazo a las listas de los candidatos a Cortes de la ORGA y del Partido de Centro o a los diferentes gobernadores civiles que utilizaron durante su período en Gobernación, para ver que hay muchos nombres repetidos. Eso los colocaba en una situación de rivalidad, pues a pesar de sus diferentes posiciones, estaban lo suficientemente próximos como para poder estorbarse o restarse poder mutuamente. El ejemplo más claro es la competición de pactos previos a la llegada de la República, donde ambos intentaron mover sus fichas, fichas que coincidían en buena medida, para garantizarse la mejor posición.

En cuanto a la opinión que guardaban el uno del otro, no existen demasiadas

manifestaciones concretas. El encuentro del Hotel Compostela es de los pocos que aparecen registrados y, como hemos visto, el relato de Álvarez Gallego, puede no ser demasiado útil para esas cuestiones. Casares no dejó escritas memorias en las que manifestase su opinión sobre Portela, que sí puede aparecer de refilón en alguna de sus cartas. Portela sí las dejó, aunque tampoco hablaba en ellas de Casares con excesiva profusión. En algunas de sus citas se mostraba crítico con él y su gobierno, pero también fue el único, junto a María Casares, que ofreció una visión diferente a su salida del gobierno tras el golpe del 18 de julio. Por todo ello la conclusión a la que se puede llegar es que la relación que existía entre ellos era de mutua y respetuosa desconfianza.

Al margen de esto y para finalizar, hay que destacar otras curiosidades que compartieron. Por ejemplo, su gusto por lo refinado, por la buena vida y por el dinero, que les llevaba a vestirse y ejercer de dandys. Ambos eran señoritos de una capital de provincia, aunque quizás en Portela estaba un poco más desarrollado el lado canalla y las nociones de supervivencia, unido a la conciencia de que todo se puede ganar y perder en un momento, influido, probablemente, por su historia personal. También en su ambiente familiar existían coincidencias, pues al margen de sus orígenes, de los que ya se ha hablado, ambos tuvieron un matrimonio conflictivo, que en el caso de Casares no terminó en separación por la existencia de una hija, pero en el de Portela, que no tuvo descendientes, sí. Incluso su esposa, en su deseo de volver a la España de Franco y recuperar su posición, hizo unas declaraciones públicas en las que renegaba de quien había sido su marido durante más de veinte años, criticándolo duramente.

Por último, no deja de ser curioso el hecho de que sean los presidentes límite del Frente Popular y que ambos, uno al principio y otro al final, hayan tenido que lidiar con intentos de terminar con la legalidad vigente, con un ofrecimiento de golpe para Portela y un golpe real para Casares, los dos con el general Franco de por medio. Del 18 de febrero al 18 de julio. Tanto Portela como Casares salieron de la presidencia del Consejo después de estos hechos. Y a ambos se les ha acusado de cobardes y se ha desprestigiado y obviado en buena parte su trayectoria anterior por esta salida. Quienes de sus coetáneos han ocupado espacio entre las páginas de sus memorias para referirse a ellos han sido, en general, bastante duros con ambos, teniendo en el fin de sus gobiernos y en el modo en que se fueron o se comportaron durante sus últimos momentos, una de sus principales críticas. Y para la memoria franquista se convirtieron en el asesino y el traidor.

En medio de todas las versiones y confusiones que se han tejido en torno a estas dos figuras polémicas e imprescindibles de la política gallega y española del primer tercio del siglo XX, lo que está claro es que la vida y la trayectoria de ambos resulta apasionante y necesaria para un mejor conocimiento de la realidad de la que formaron parte. Y que a pesar de sus diferencias, en la biografía de Casares, el republicano, y en la de Portela, el liberal, son numerosos los territorios comunes.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ GALLEGO, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Buenos Aires, Edicións Nós, 1972
- AZAÑA, Manuel: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona, Editorial Crítica, 2000.
- BERAMENDI, Justo: *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*. Vigo, Edicións Xerais, 2007.
- CASARES, María: *Residente privilegiada*. Barcelona, Argos Vergara, 1981.
- FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Casares Quiroga. Una pasión republicana*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 2000.
- GIL ANDRÉS, Carlos: *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja alta*. Barcelona, Editorial Crítica, 2006
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo e eleccións na Galiza da Segunda República*. Vigo, A Nosa Terra, 1999.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio (ed): *Casares Quiroga: Discursos parlamentarios (1931-1936)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 2006.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *A Segunda República en Galicia. Memoria, mito e historia*. Vigo, Nigra-Tea, 2010.
- LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia de España*. Barcelona, Editorial Mitre, 1985.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, Emilio: *El diputado por Fonsagrada. Manuel Portela Valladares*. Oviedo, edición del autor, 2002.
- LOPO, María: *Cartas no exilio. Correspondencia entre Santiago Casares Quiroga e María Casares (1946-1949)*. A Coruña, Baía Edicións, 2008.
- MERA COSTAS, Pilar: “Los inicios parlamentarios de Manuel Portela Valladares”, en

GONZÁLEZ, Carmen y MARÍN, Encarna: *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy (Actas el IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea)*, (formato cd-rom). Murcia, Editum, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2008.

-MERA COSTAS, Pilar: “Proyectos democráticos en la Segunda República española. El discurso de centro de Manuel Portela Valladares”, en *Res Pública: revista de la historia y del presente de los conceptos políticos*, nº 25, 2011 (en prensa).

-PARRILLA, José Antonio: *Casares Quiroga y La Coruña de su época: 1900-1936*, A Coruña, Concello de A Coruña, 1995.

-PLA, Josep: *La Segunda República Española. Una crónica, 1931-1936* (edición de Xavier Pericay). Barcelona, Ediciones Destino, 2006.

-PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español. Manuel Portela Valladares* (edición de José Antonio Durán). Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1988.

-PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias. Dentro del drama español* (edición de José Antonio Durán). Madrid, Alianza Editorial, 1988.

-PORTELA VALLADARES, Manuel: *Ante el Estatuto* (edición facsímil). Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 2008.

-RÍOS PANISSE, María del Carmen: *Obra poética dispersa de Xoán Manuel Pintos Villar*. Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2006.

Fuentes hemerográficas:

- *El Progreso*.

- *El Pueblo Gallego*.

- *La Voz de Galicia*.